

COMPENDIO
DE LA VIDA Y VIRTUDES
DEL
VENERABLE P. MANUEL PADIAL

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

ESCRITO

POR EL PADRE JOSÉ BOERO

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Y TRADUCIDO DEL ORIGINAL ITALIANO

POR UN PRESBITERO ESPAÑOL.



GRANADA: 1867.

IMPRENTA DE DON GERÓNIMO ALONSO,
LIBRERO DE SS. MM. Y AA.

COMPENDIO

DE LAS VIRTUS Y VIRTUDES

VENERABILIS P. MARTINI PADVAE

Obedeciendo los decretos de Urbano VIII, de sagrada memoria, declaro que á quanto he escrito en esta historia no se ha de dar mas fé que la que se debe á autoridad puramente humana.



COMPENDIO DE LA VIDA

y virtudes del Venerable Padre Manuel Padial.

1. Fué el venerable P. Manuel Padial hombre de gran perfeccion y de admirable santidad, y Dios se complació en enriquecerlo y glorificarlo con muchos favores y gracias sobrenaturales. Vivió desde el año de 1661 hasta el de 1725, y con el esplendor de sus virtudes ilustró no solamente la ciudad de Granada, su patria, sino tambien la Compañía de Jesus, su madre. La opinion y fama de Santo en que todos lo tenian, creció mucho, en vez de disminuir despues de su muerte, por los notorios y frecuentes milagros que Dios obró por su intercesion. Despues de esta el Arzobispo diocesano se apresuró á compilar informaciones públicas y jurídicas de ellos y de todo el tenor de vida del P. Manuel, y mandó luego todos los documentos á Roma, donde habiendo sido estos diligentemente examinados y discutidos, se obtuvo del Sumo Pontífice Clemente XIII que fuese introducida la causa de Beatificacion en la sagrada Congregacion de Ritos. Habiéndome yo hecho cargo en estos últimos años de continuar la causa empezada, he creído conveniente dar oídos á las súplicas de algunas personas devotas que me han instado á dar á luz

un compendio , en donde si no se reseñe toda su vida , se expongan al menos los hechos y virtudes mas notables de este gran siervo de Dios, para despertar por este medio en el corazon y la mente de los fieles la memoria y confianza en él. Tocaré solamente las cosas principales , proponiéndome, si lo permite Dios, para otro tiempo escribir extensamente su vida y heróicas virtudes.

2. Nació el P. Manuel Padial el dia 15 de Abril de 1664 en Granada, antigua capital de un floreciente reino en España. Fueron sus padres D. Alfonso Padial de la Peña y D.^a Francisca Ruiz de Castilla, ambos de antigua y noble descendencia, pero reducidos entonces á escasa fortuna. Fué el último de sus hermanos , de los cuales cuatro murieron de temprana edad, y otros dos que sobrevivieron, dejaron tras sí fama de extraordinaria bondad. Tan buen resultado se debió en gran parte á los exquisitos cuidados de su madre , señora de gran piedad, de la cual el P. Manuel , despues de haber oido por muchos años las confesiones, aun generales de toda su vida, pudo decir con seguridad, que no creía que hubiese élla manchado con culpa grave la blanca estola de la inocencia bautismal. Con constancia invicta y filial afecto quiso asistirle en su última enfermedad, y no se alejó de su lado hasta que la vió dar su alma á Dios con gran paz.

3. Desde sus primeros años cuidaron de nuestro Manuel de un modo especial, no solamente su madre carnal, sino tambien su celestial Madre la Santísima Virgen Maria. Siendo de edad de cinco años, y jugando con otros niños en la orilla del rio Genil, de pronto le faltó el piso bajo los piés, y cayó en medio de la cor-

riente que le arrastró con violencia á un canal que conducia el agua hácia unos tornos de hilar seda, donde ponía en movimiento siete grandes ruedas. Allí debía no solamente ahogarse, sino tambien quedar hecho pedazos, y sin embargo con admiracion de todos salió de debajo de las ruedas sano y salvo, diciendo con ingenua sencillez, que una Señora muy amable y gentil lo habia tomado en brazos, y le habia hecho ver las siete ruedas de aquella máquina, y despues de haberlo puesto en lugar seguro, se habia ido, sin que él supiera cómo, ni dónde. Así se explicó entonces; pero mas tarde, agradeciendo á la Santísima Virgen tan gran beneficio, le profesó toda su vida una devocion ternisima.

4. Aprendidas las primeras letras, fué admitido en el colegio de la Compañía de Jesus de Granada, donde estudió sucesivamente la lengua latina, la retórica, la filosofía y la teología. Era de talento despierto y vivo; pronto en aprender, sutil en investigar, tenaz en retener. Por lo cual adquirió en poco tiempo nombre y fama sobre todos sus condiscípulos, entre los que sin embargo supo grangearse estimacion y cariño, no solamente por la superioridad de su talento, sino por sus modales afables y por la inocencia y pureza de sus costumbres. Cuando se presentaba en público, por las calles ó plazas, hasta los mas licenciosos se contenian, y dejando la conversacion, «Ese es», decian, señalándole con el dedo, «ese es Padiál: callemos, que viene hácia aquí el Jesuita.» Con ese sobrenombre solian por lo general designarlo, ya porque en la modestia exterior parecia un novicio de la Compañía, ya porque todos tenian por cierto que andando el tiempo, se haría religioso de la misma.

5. Esto era efectivamente lo que se proponia, á pesar de que sus padres tenian otros proyectos. En el año de 1679 hubo una peste cruel, que azotó á casi toda la Andalucía, é hizo grandes estragos. Uno de los muchos que voluntariamente se ofrecieron á servir á los atacados fué D. Alfonso Padial, hermano mayor de nuestro Manuel, Sacerdote de santa vida y Canónigo de la Catedral de Almeria; quien despues de haber gastado su hacienda en ayuda de las almas y de los cuerpos de los enfermos, acometido al fin por la epidemia, mereció el premio y la corona debida á su heroica caridad, que aun en la tierra le fué recompensada por el Señor, conservando por muchos años su corazon incorrupto. La muerte de este Canónigo Santo, como le llamaban todos, movió al Capitulo de Almeria á desear que fuese sustituido por su hermano menor Manuel. Lo mismo anhelaban sus padres, esperando por este medio reparar la pérdida sufrida, y levantar la familia que estaba en decadencia. Mientras que de una y otra parte se discurria sobre ello, parecióle al jóven Manuel ser llegado el tiempo de manifestar lo que encerraba en su corazon, y concluir con todo resto de esperanza del mundo. Fué á Sevilla, y habiéndose presentado á los superiores, pidió con grande instancia ser recibido en la Compañía de Jesus. Habiendo vuelto desde allí á Granada, trató de mover el ánimo de sus padres y, obtenida por fin su bendicion, voló á esconderse en el noviciado de S. Luis de Sevilla, donde fué admitido el dia 5 de Mayo de 1681.

6. Se puede decir con verdad que los dos años del noviciado fueron para el jóven Manuel un ejercicio continuo de mortificacion austerísima. Lleno de un fervor

extraordinario, empezó á macerar su carne con tanto rigor, que si los superiores no le hubiesen puesto coto, hubiera caido sin notarlo en excesos que lo hubieran hecho inútil para los ministerios de su vocacion. Disciplinábase todos los dias con dureza hasta derramar sangre; poníase á los costados cilicios y cadenas que le abrian las carnes, y encrudecian las heridas que se habia hecho con los golpes. Desde el principio fué cada dia disminuyendo la comida, y bajo el pretexto de la debilidad de su estómago, que no podia sufrir mayor alimento, cercenando ora una cosa, ora otra, se redujo á tomar diariamente unas pocas onzas de alimento, y aun este amargado con polvos de acíbar, que oculta-mente le mezclaba. No daba mas reposo á su cuerpo que el que podia tomar sobre unas tablas cubiertas con una simple manta de lana. A estas austeridades voluntarias se añadió, porque Dios así lo quiso para mayor prueba de su siervo, una tormenta de escrúpulos, que angustiaban su espíritu y de noche le robaban el sueño. Así sucedió que á los pocos meses el santo jóven se halló estenuado de fuerzas, pálido y tan descarnado y macilento, que parecia un esqueleto de hombre, é inspiraba compasion su vista. Entonces conociendo los superiores la causa que producía tal cambio, pusieron remedio prohibiéndole aquel mal gobierno que de sí tenia, y prescribiéndole regla de vida mas en relacion con su naturaleza que con el fervor de su virtud.

7. Después de los dos años del noviciado, habiéndose obligado á Dios con los votos religiosos, pasó á Carmona á estudiar retórica; pero habiendo conocido los superiores que estaba muy adelantado en el estudio de las bellas letras, á los tres meses lo mandaron á

Granada con orden de prepararse á defender en acto público toda la teología que ya habia estudiado en el siglo. Mucho costó vencer la humildad del siervo de Dios, que hizo cuanto pudo para librarse de aquel honroso encargo: lo mismo sucedió para inducirlo á ordenarse de Sacerdote. Pero al fin no pudiendo obrar de otro modo, debió ceder á la obediencia. Terminados los estudios y ordenado Sacerdote, fué destinado en Granada misma á enseñar gramática. Nueve años enteros estuvo en este ministerio humilde y molesto, pasando sucesivamente de las clases inferiores á las superiores de humanidades y retórica. Su principal cuidado fué el de instruir á sus jóvenes estudiantes con diligencia, y hacerles adelantar no solamente en el arte de decir y escribir bien, sino tambien en la práctica de bien vivir y obrar cristianamente, aprovechando todas las ocasiones que se presentaban para infundir en aquellos ánimos tiernos el amor á la virtud y el odio al vicio. Y no fué escaso el fruto que cogió con sus fatigas, porque no pocos, movidos de las palabras y el ejemplo del piadoso maestro, abandonaron el mundo y se consagraron á Dios en diferentes institutos religiosos; otros reformaron sus costumbres, y adoptando un tenor constante de vida cristiana y santa, prestaron grandes servicios á la patria y á la religion.

8. En el tiempo en que enseñaba gramática tuvo un fuerte ataque de epilepsia que le redujo al punto de tener que recibir la Extrema Uncion. Se restableció de aquel mal, pero le quedó una extraña melancolía, que lo volvió poco menos que intratable. Para curarlo de este mal los superiores y los médicos le mandaron que moderase los rigores de sus penitencias, y procurase por

los medios posibles tener el ánimo distraído y apartado de la ocupación continua. El P. Padial, que era muy obediente, mitigó desde luego sus austeridades y en las treguas que le daba su humor melancólico, procuraba recrearse á sí mismo y á los demás con ciertos chistes finos y agradables, que por la agudeza de su ingenio se le ocurrían espontáneamente. De estos también se sirvió, cuando después de haber enseñado las bellas letras, fué destinado á leer filosofía, para dar amenidad á sus escritos y refutar con gracia algunas opiniones nuevas y extrañas que entonces tenían curso entre los filósofos. Eran dichos inocentes, no puntadas que de propósito pudiesen herir á alguno, sales que sazonaban con sobriedad el discurso. Y sin embargo no los usó mucho tiempo sin que, meditando sobre el particular, le pareciesen faltas gravísimas é inconveniencias que desdecían mucho de la perfección religiosa; y como tales no cesó nunca mientras vivió de llorarlos con amargas lágrimas y de castigarlos en sí mismo con penitencias horribles. Borró con su propia mano, así en sus escritos como en los que había dictado á sus discípulos, toda expresión que pareciese ú oiese á chanza; y á un autor que aun vivía, y del que había confutado algunas opiniones, le escribió una carta humildísima, pidiéndole por gran merced perdón de alguna expresión más ingeniosa que ofensiva, que había usado contra él.

9. Hacia este tiempo empezó el Señor á llamarlo á sí con mociones internas y eficaces. Andaba el santo religioso por la casa con la mente abstraída y fija en las cosas celestes, y á menudo no advertía lo que en su alrededor pasaba. Su vivo deseo era el de apartarse

de toda conversacion humana , y estar siempre con su Dios y en estrecha union con él. Y sin embargo concluido apenas el segundo curso de filosofia, los superiores, ya fuese por ocuparlo algun tanto en obras exteriores, ya fuese para dar á los otros, especialmente á los jóvenes Jesuitas un verdadero modelo de observancia y perfeccion , lo nombraron en 1698 Ministro del colegio. Mucha violencia tuvo que hacerse á sí mismo para someterse á aquel cargo, á que tanto se oponia su natural inclinacion; con todo se sometió con entera voluntad, renunciando por amor á la obediencia á sus mas caras consolaciones de espíritu. Ni se aprovechó de la autoridad recibida para otra cosa, que para aumentar desmesuradamente sus austeridades ordinarias. Por lo demas él no fué superior, sino criado de todos; se adelantaba á los otros en los oficios mas humildes y bajos, como en trabajar con el cocinero, lavar los platos, ayudar á los hermanos coadjutores en sus tareas. A los padres viejos, enfermizos ú ocupados en los ministerios espirituales solia él mismo barrer el aposento, arreglar los muebles y prestar cualquier otro servicio. De todos exigia invariablemente una exacta observancia, ni dejó de amonestar y corregir cuando fué necesario á los culpables y trasgresores. Verdad es que lo hacia con tanta caridad y agrado, que ninguno por eso se mostró jamás descontento ni disgustado. El modo ordinario que tenia de corregir era el de tomar en la mano el librito de las reglas y leer despacio aquel capitulo contra el que alguno hubiese faltado, y sin más despedirlo con cariño. Así es que no habia en toda aquella numerosa comunidad quien no le amase de corazon, y que no le obedeciese á la menor señal.

10. Era tan notorio el aumento que habia tenido la disciplina doméstica por el cuidado del P. Padial, que habiéndolo hecho á poco lector de teología escolástica, solicitaron los superiores que conservase por algun tiempo el oficio de Ministro. Por lo que hace á esta lectura pública, todos convienen en asegurar que difícilmente se podría decidir si el P. Manuel fué mas útil á su provincia con el ejemplo de sus preclaras virtudes, ó con la enseñanza de su profunda doctrina. La Universidad que la Compañía tenia en Granada era entonces frecuentada por una numerosa y escogida juventud, que allí concurría de las ciudades y pueblos vecinos; por lo mismo no se elegían para las principales cátedras sino hombres de grande ingenio y de mucha doctrina que pudiesen corresponder á lo que el público esperaba. Qué suceso tuviese el P. Padial lo sabemos por testigos presenciales que en los procesos elogian el orden, la sutileza y la capacidad de su talento. Siendo tan aventajado, que fácilmente hubiera podido proponer argumentos artificiosos con los que algunas veces, mientras menos verdad encierran, parece que se adquiere mas nombradía, sin embargo quiso mantenerse siempre en lo firme y nunca por amor de novedades se alejó de las sentencias mas comunes y fundadas sobre la Escritura divina, los Concilios y los Santos Padres. Verdad es tambien que estas mismas eran declaradas por él con reflexiones tan nuevas y fundadas con tal fuerza de pruebas, que producian en todos grande admiracion y deleite. Por lo mismo sus escritos eran buscados con avidéz y copiados por muchos con diligencia, hallándose en ellos cuanto bastaba para formar un teólogo competente y experimentado.

11. Empero el P. Padiál pensaba y hablaba de otro modo de sí mismo y de sus cosas. Aprovechábase de todas las ocasiones para desacreditarse, y sutilmente apuraba su talento en inventar chistes, agudezas y sátiras contra sí mismo, sin notar que con ellas probaba lo contrario de lo que pretendia. Y no contentándose con palabras solas, á menudo pasaba á actos de desprecio y de humillacion de sí mismo; como era, ir por la ciudad con traje raído y remendado, seguir un asno y cargarlo delante de todos de basura que recogia, y andar con las alforjas sobre los hombros pidiendo limosna de puerta en puerta. Escribió tambien una carta al P. General suplicándole con las mayores instancias que lo librase para siempre de la cátedra de Teología y de semejantes cargos para los cuales aseguraba carecer enteramente de habilidad, y que le concediese un poco de tiempo libre para hacer penitencia por sus pecados, y disponerse á una buena muerte. Pero el P. general Miguel Tamburini, que sabia muy bien de donde procedian estas súplicas del siervo de Dios, de tal modo arregló las cosas, que fuese en parte satisfecho, y que la provincia no perdiese del todo un maestro tan excelente de ciencias y de perfeccion; relevándolo de la cátedra, lo nombró Prefecto general de los estudios, y poco despues Rector del colegio de Granada.

12. Por amor á la brevedad no me detendré en describir detalladamente su modo de gobernar. Fué una continua cruz para su humildad, y desde su principio tuvo de ello un presagio, apareciéndosele en el acto de celebrar la Santa Misa una cruz negra como de media vara de largo. Con todo, no pudiendo, salva la obediencia, obrar de otro modo, la aceptó de buen grado, y la lle-

vó con alegría de espíritu y de corazón; y hasta él mismo aumentó su peso con mortificaciones voluntarias. Causaba lástima el verlo dar vueltas corriendo por el refectorio, é inclinarse para besar los piés de sus súbditos. La humillacion que le costaba este acto era nula respecto del dolor, ya por la extrema debilidad de sus fuerzas, ya por los ásperos cilicios que continuamente llevaba alrededor de la cintura. Siendo muy delicado de conciencia, no queria ni podia pasar sin castigo las faltas públicas, y por otra parte no sabia resolverse, por su gran caridad, á humillar al último de sus súbditos. Por eso vivia en continua dificultad de espíritu, debiendo á un mismo tiempo castigar como superior las faltas de observancia, y tratar bien y amar como padre á los inobservantes. Cada quince días reunia la Comunidad, y le hacia una fervorosa exhortacion, animando á todos á procurar para sí la mayor perfeccion, y trabajar sin descanso por la salud eterna del prójimo.

13. Mucho mas que sus palabras, servia la fuerza de su ejemplo. A pesar de estar ocupadísimo con el ministerio de su gobierno y los asuntos mas difíciles del Santo Oficio, de que era Calificador, no dejó de ocuparse en oír confesiones, visitar enfermos, y auxiliar á los moribundos. Por mas de un año predicó todos los Domingos en la Catedral, y á menudo cada cuarto Domingo del mes en la iglesia de la Compañía. Quería tambien ir por las plazas predicando, como se acostumbraba, á la gente del pueblo; pero no se lo permitieron los superiores, por temor de que sucumbiese bajo el peso de tanta fatiga. Sin embargo halló medio de suplir á su ardiente zelo con un invento propio de su humildad. Habiendo destinado uno de los

jóvenes estudiantes de la comunidad á predicar por las plazas, tomó para sí el encargo de acompañarle, y despues de dar algunas vueltas tocando una campanilla para juntar los oyentes á su alrededor, se ponía con los demas á oirlo con gran atencion. Concluido el sermon, lo acompañaba otra vez al colegio, y aun hasta su aposento, sirviéndole en cuanto necesitaba. Finalmente, durante su rectorado empleó tambien su caridad en ayuda temporal del prójimo. En el año de 1709 hubo por muchas partes de España una gran carestía de comestibles, por lo que la gente pobre, no teniendo con qué mantenerse por lo caro de los víveres, se moría de hambre. Movidó á piedad el P. Padial, dió órden al portero del colegio y á los mayordomos del campo, que socorriesen ámpliamente á los que pidiesen con necesidad, y que á ningun pobre se mandase con Dios, sino despues de haberle dado limosna suficiente. La órden fué obedecida tan puntualmente, que al hacer la cuenta del dinero que en aquel año se habia gastado, solamente para proveer de pan á los pobres, subió aquella á algunos miles de ducados, y sin embargo nada tuvo que sufrir por eso el colegio, porque se sostenía con la confianza que inspiraba su Santo Rector. Apenas concluidos los tres años del rectorado, los Superiores condescendieron con las instancias repetidas del siervo de Dios, y lo descargaron del peso del gobierno. Mucho se alegró el P. Padial, y reducido á vida completamente privada, se aplicó con ahinco á adelantar en su propia perfeccion, y á procurar diligentemente la salvacion del prójimo. Verdad es que desde entonces empezó á verse molestadó por enfermedades continuas y graves, que aumentando continuamente, lo redujeron á una gran

flaqueza de fuerzas, y á vivir los últimos años de su vida en un continuo ejercicio de paciencia heroica. Sin embargo, en este estado no abandonó ninguna de las austeridades, ni de sus tareas en beneficio de las almas. Nada diré de estas en particular, sino aquello que espontáneamente se me ocurra, al exponer aquí en breve los ejemplos de sus virtudes.

14. En primer lugar en cuanto á la caridad hácia Dios, causa y perfeccion de toda virtud, se puede decir con razon, que el P. Padial estaba tan lleno de ella, que no sabia ni pensar ni hablar de otra cosa. En todo hallaba á Dios y todo lo atraia inmediatamente al conocimiento y al amor de Dios. Una noche despues de haber hecho el exámen de conciencia, se asomó á la ventana, y levantando la vista hácia las estrellas, se arrobó su alma en Dios, y se quedó así en aquel mismo lugar absorto y enajenado de los sentidos hasta la mañana siguiente, en que fué hallado por el encargado de despertar, sin fuerzas ya y á punto de desfallecer; fueron llamados de prisa dos médicos, á los cuales fué obligado por obediencia á manifestar la causa de aquel mal imprevisto. Al instante lo declaró en estos términos humildes: «Me «asomé por la noche á la ventana, y como un jumento me quedé allí hasta por la mañana.» Al oir nombrar á Dios ó alguna de las perfecciones divinas, se encendia su rostro, y olvidándose de lo que estaba haciendo, se quedaba parado algun tiempo inmóvil y como extático. Sucedió mas de una vez, que hallándose apurados algunos por la fuerza de los argumentos con que el P. Padial en sus controversias teológicas impugnaba sus tesis, al repetirlos mezclaban de propósito alguna palabra ó exclamacion de amor de Dios, diciendo por

ejemplo: «*Summa bonitas!*» «*Incomprehensibilis charitas!*» ¡Oh suma bondad! ¡Oh incomprensible caridad! Esto bastaba para que el siervo de Dios, perdiendo el hilo de la argumentacion, no siguiese adelante instando sobre el mismo argumento. Cuando confesaba, al sugerir á los penitentes algun acto de caridad ó de contricion, se abstraia de tal modo, que se estaba un cuarto de hora ó más sin decir palabra. Una vez razonando á solas con un padre confidente suyo sobre el valor del amor divino, se encendió en él, y paseándose apresuradamente por el aposento, y levantando los ojos al cielo; ¡Ay, dijo, yo me abraso, yo ardo! Luego vuelto en sí y ruborizado, dijo al compañero: «Perdóneme V. R. «si esta vez no contento con ser simple, me he dado «á conocer por loco.» Y es cierto que oprimido en muchas ocasiones por el amor divino, no podia contener en su interior las llamas, sin que saliesen afuera. Andaba un dia por una habitacion del colegio, cuando de pronto se le encendió la cara, y abriéndose la sotana sobre el pecho, exclamó en alta voz; «Este amor se me hace á veces insoportable.» En la festividad de S. Juan de Dios, de quien era muy devoto, se le oyó exclamar: ¡Ay, quién amara á Dios con toda su alma! ¡Ay, quién con todas sus fuerzas amase al amado! Y otra vez saltando, y casi bailando de alegría: «¿Será posible, decia, que yo he de ser bienaventurado? ¿que te he de ver, oh sumo bien mio? ¿que deberé gozarte? ¿que deberé amarte íntimamente? ¡Qué besos y qué abrazos te he de dar!» A veces parecia como si no supiese hallar términos propios para explicar su amor intenso, y entonces usaba un lenguaje, que como él mismo solia decir, debia ser extraño y bárbaro para el que no sin-

tiese en su pecho esta divina llama. Daré como prueba parte de una carta que escribió á un amigo en el dia de Pentecostés. «Yo me consumo, vivo en inexplicables ansias de Dios con un sentimiento tan delicado y penetrante, que casi imperceptiblemente, pero con grande fuerza, llega á las mas íntimas médulas y profundo centro de mi alma, con un sosiego tan dulcemente penoso, y tan lastimosamente dulce, que á proporcion de lo intolerable, participa de lo apetecible. ¡Oh Dios, amor, amante y amado de mi alma! ¿qué haces que no me deshaces? ¡Oh fuego todo puro, todo divino, y sin el cual todo es nada; si eres en verdad consumidor, ¿por qué total y enteramente no me derrites? Si la razon es que mi corazon no es de blanda cera, sino de duro bronce, te responderé, mi amantísimo Dueño, que tu actividad es infinita, y mi resistencia, aunque resistencia de bronce, limitada. ¡Oh! tenga lástima grande de este pobrecillo desterrado. Oiga al abrasado Agustino: *da amantem, et sentit, quod dico, da desiderantem, atque sitientem, et fontem æternæ Patriæ suspirantem: da talem, et scit, quid dicam, si autem frigido loquor, nescit quid loquor.*»

15. Efectos de esta ardentísima caridad eran los suspiros, las lágrimas y casi diré las singularidades que á menudo se veían en el P. Padial. Estando solo en su cuarto, le oían á menudo los de afuera levantar la voz, y pedir agua para refrigerarse; y realmente para templar sus ardorosos deseos se servía no pocas veces de agua fría y aun de nieve. Efectos tambien de su caridad eran las enajenaciones de los sentidos, los arrobamientos y los éxtasis, que por ser tan frecuentes, no causaban ya

maravilla á los de casa. Numerosos testigos deponen haberlo visto tanto pública como privadamente, ya con la cara muy luminosa y resplandeciente, ya con la cabeza rodeada de rayos de luz, ya finalmente con todo el cuerpo levantado del suelo y suspendido en el aire. Habiendo ido un dia al palacio del Arzobispo de Granada para tratar de algunos asuntos, se estuvo tanto tiempo con él, que los familiares dudando si habia ó no salido, se pusieron á expiar por la puerta y á escuchar; y viendo que por dentro todo estaba en silencio, levantaron un poco la cortina de la puerta, y con grande asombro vieron al P. Padial levantado en el aire mas de una vara, y cerca de él al Prelado, que estaba inmóvil contemplando con admiracion aquel prodigio. Vuelto en sí finalmente de aquel éxtasis, se marchó al instante; pero le duraba aun la impresion, y en cuanto llegó al Colegio se encerró en su cuarto, y continuó desahogando su corazon en coloquios fervorosos con Dios, que tenian algo como de lamentos amorosos. Acudió el enfermero, y hallándolo sin sentido y encendido el rostro, le abrió la sotana por la parte del pecho, y advirtió que se habian levantado notablemente algunas de las costillas sobre el corazon. Estos accesos eran casi ordinarios al celebrar el sacrificio de la Misa, y al visitar el Santísimo Sacramento. Casi siempre celebraba privadamente, y duraba la Misa mas de una hora. Despues de haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, se quedaba mas de un cuarto de hora que parecia extático. Luego al desnudarse en la sacristía dejaba los ornamentos calientes, de modo que parecia que habian estado puestos al fuego. Vió siempre nuestro Venerable tan ocupado en el amor

de Dios, que no solamente era el afecto que dominaba y consumía su corazón, sino que también para su entendimiento servía de continua meditación y habitual estudio. Los siguientes versos, que con otros muchos trazó su delicada pluma, nos muestran con cuánta perfección poseía la ciencia del amor divino, y cuán embobado estaba en sus principios:

VERSOS AL DIVINO AMOR.

Oye, corazón, si quieres	Cuando recibe favores
Te diré, pon atención,	En una y otra porción,
En lo que consiste solo	Si los quiere, si le gustan,
El amor para con Dios.	Si le llenan, no es amor.
Cuando el amor está obrando	Cuando siente en el afecto
Lo que es de su obligación;	Una viva inflamación,
Si flaquea, si se cansa,	Si no enciende, si no arde,
Si desmaya, no es amor.	Si no abrasa, no es amor.
Cuando el amor se ejercita	Cuando esta llama divina
En amorosa atención;	Arde allá en el corazón,
Si se cansa, si se entibia,	Si no limpia, si no pule,
Si se inquieta, no es amor.	Si no adorna, no es amor,
Cuando en sequedad padece	Cuando el amante se halla
Tormento de gran dolor,	Abrasado en su afición,
Si fluctúa, si no es firme,	Si no junta, si no enlaza,
Si se queja, no es amor.	Si no une, no es amor.
Cuando el Amado se ausenta,	¿Quieres pues, alma, saber,
Y lo deja en aflicción,	Si tienes amor de Dios?
Si se acobarda, se rinde,	Obra y padece conforme;
Si le huye, no es amor.	Que cuanto más, más amor.
Cuando la piedad divina	Sufre la cruz de tu estado
Dilata su petición,	Con paciencia y con valor,
Si no cree, si no espera,	Resignada, igual, gozosa:
Si no insiste, no es amor.	Y cuanto más, más amor.
Cuando tiene de sí mismo	Y si en alguna calumnia
El amor satisfacción	Se viere tu corazón,
De que ama, de que adora,	No te disculpes, ni quejes;
De que sirve, no es amor.	Y cuanto más, más amor.
Cuando en adversa fortuna	Sigue con tu cruz á Cristo,
Y en toda tribulación,	Procura su imitación
No es humilde, no está alegre,	Fervorosa, ardiente y firme;
No es afable, no es amor.	Y cuanto más.... más amor.

16. La memoria de la Pasion del Redentor producía en él efectos vivisimos de caridad. Predicando un dia sobre este punto, movió los oyentes á llanto, y estos al salir de la iglesia se decian unos á otros: «No hay fuerza que pueda resistir á este enamorado del Crucificado.» Una noche viendo que no asistia á la cena, el confesor y otro padre de la casa fueron en su busca, y lo hallaron en medio de su cuarto abrazado con un Crucifijo, y se lo quitaron de las manos. El, como fuera de sí, corrió al instante á un tramo de escaleras donde habia una imágen devota de la Virgen Santísima, pero alejado tambien de allí, huyó á la iglesia y al instante entró en éxtasis. Preguntándole una vez si amaba á Dios de corazon, contestó al instante: «No hallo consuelo mas que en el costado abierto de mi Jesus,» y habiendo dicho esto, le dió un accidente que lo echó al suelo sin movimiento ni pulso. Estaba allí presente el médico, y habiéndolo observado todo, dijo: «Mi arte no puede curar esta clase de males.» Estúvose así inmóvil y como muerto hasta el dia siguiente, y vuelto luego en sí dijo, que no habia dormido aquella noche, pero que la habia pasado bastante bien. Un Viernes Santo se disciplinó con tanta crueldad, que le faltaron las fuerzas; el P. Rector temiendo que hiciese algo mas grave, le obligó á quedarse en su cuarto aquella noche, acompañado de un hermano. Obedeció el santo varon; pero no pudiendo sufrir el ardor que lo consumia, dijo, «Déme, hermano, déme por caridad el Crucifijo, que me muero:» y cuando lo tomó, se lo apretó contra el pecho, y pasó toda la noche en fervorosos afectos.

17. Pero sus mayores delicias eran con el Niño Jesus. Siendo muy devoto de este santo misterio, no es deci-

ble con cuánto fervor y devocion se preparaba á celebrar su festividad. Todo el Adviento era para él tiempo de estrechísimo retiro. Redoblaba la medida de sus penitencias y mortificaciones; estaba continuamente unido á Dios por la oracion, y ardía en el deseo de agradar al Niño recién nacido. «¡Oh, si yo hubiera vivido, decia, en el tiempo en que vivian Jesus, José y «María! ¡Oh, si me hubieran recibido en su casa, para «ocuparme en algun servicio! Quizás hubiera tenido la «fortuna que alguna vez nuestra Señora me hubiera «dicho: Toma, Manuel, toma un poco á este Niño.» Celebraba las tres Misas de la Navidad con abundancia de lágrimas y con tanta intensidad y fijeza de mente, que despues de tres ó cuatro horas no podia todavía separarse del altar, y era preciso que el que le ayudaba le moviese y agitase para que le siguiera. Tenia en su aposento un pesebre chiquito y dentro de él una imágen del Niño Jesus. Y solamente con mirarlo, que lo hacia á menudo, se conmovia todo él, y poseido de la plenitud de sus afectos, no pocas veces se desvanecia y caia al suelo como muerto. Luego con los ojos llenos de lágrimas, y encendido el rostro se deshacia con expresiones de ternísimo afecto. Llamaba al Niño mi amorcito, mi corderito, mi amadito, y añadía: «ahí está «en el pesebre, ahí está como en su camita el espejito «de amor; él convida á las almas á amarlo, y desearía «que lo amasen hasta arder en su amor.» Y dicho esto lo tomaba en sus brazos, lo apretaba contra el pecho, lo besaba, y lo volvía á besar con afecto tan vehementemente, que parecia que toda su alma se derretia. Tenia una estampa del Niño Jesus en su breviario, que para no perderla nunca de vista, hizo copiar sobre una

plancha de cobre, y la colocó sobre su mesa de estudio; nunca la miraba, aunque fuese de paso, que no se sintiese traspasar el corazón de dulce herida; por lo que, olvidado de todo lo demás, se estaba mucho tiempo acariciando su Niño y hablando con él amorosamente, pero siempre con expresiones nuevas, no hallando nunca palabras de bastante significado para expresar lo que sentía su alma, y concluía por un profundo delirio ó éxtasis. Ni era dueño de sí mismo en esto, por lo cual cuando había en su cuarto alguna persona de casa ó extraña, volvía el rostro apurpósito á otro lado, por no encontrar con los ojos al Niño Dios, cuya vista lo habría desde luego arrobado y hecho perder el sentido.

18. Era tan conocido por la ciudad el afecto apasionado que el P. Padial tenía al Niño Jesús, que muchas personas devotas le mandaban hermosos Niños de cera para que él los tuviese algun tiempo, y conservarlos luego como reliquias de un santo varon. No comprendiendo él la intencion con que se los mandaban, los recibía con gratitud, pero por la vehemencia de su afecto en el acto de estrecharlos contra el pecho, los hacia pedazos. Fué preciso mandárselos de materia mas fuerte, pero aun estos volvían tan estropeados, que para que quedasen enteros, se necesitó tomar la precaucion de no dejárselos sino por breve tiempo y nunca á solas. Oíasele á menudo cantar en su cuarto con una voz muy suave, eran cancioncitas y poesías que componía á su Niño, fingiendo unas veces que lo quería dormir, otras despertarlo, y á veces desahogando con él su corazón. Una vez le llevaron una imágen del Niño, hermosa y bella cuanto se puede ponderar; el santo anciano se enamoró de ella, de modo que no podía dejarla un mo-

mento. Despues de algunos dias vino un criado pidiéndola á nombre del dueño. Al oír este recado el P. Padiá tuvo un grande sentimiento, y en el acto de entregar la imágen improvisó las tiernas coplas siguientes con que se despidió de su bien :

AL NIÑO JESUS.



Darte, Dueño mio,
No puedo, porque
Solo puedo darte
A mas no poder.
Dime, tierno Infante,
Aquesto qué es?
Qué es dar lo que quiero,
Y dar sin querer?
Sin tu vida muero,
Con ella tambien,
Con ella por dulce,
Sin ella por hiel.
Dime algun remedio
En tal padecer:
No quieres? aguarda,
Yo te lo diré.
Lo amargo, lo dulce
Mezclar será bien,
El irte y quedarte
Mi remedio es.
Allá va mi alma
Robada, y no sé,
Cómo roba el Dueño
Lo que suyo es.
Quédate, mi Niño,
O me enojaré:

En fin quieres irte?
Pues ya me enojé.
Vete en hora buena,
Si tu gusto es,
Vete, y acá vuelvas
En pasando ayer.
Vete, pero mira,
Yo me vengaré,
Antes que te vayas
Diciéndote, que es
Tu frente un espejo,
Tu cara un clavel,
Tus ojos dos rayos,
Tu boca una miel.
Tus brazos cadenas,
Grilletes tus piés,
Tus manos esposas,
Et Tu Sponsus es.
Enciendes y abrasas,
Cuanto quieres bien:
Fuego de Dios Niño,
Si das en querer.
A Dios, mi querido,
Mi Dueño, mi Bien,
Mi centro y descanso,
Que ya me vengué.

19. No puede dudarse de que mas de una vez se apareció visible al siervo de Dios el Niño Jesus, y que habló con él; de ello dan fé en los procesos varios testigos jurados. En el dia de la Natividad mientras celebraba la Misa, se le oyó despues de la consagracion, decir en alta voz: «Niño mio, ¿por qué lloras? Ea, no llores

mas, Niño»: y al mismo tiempo hacia actos y caricias, como si lo tuviese en las manos. Un dia habiendo salido fuera de casa, empezó á andar con gran prisa arriba y abajo por las mismas calles repitiendo de cuando en cuando y con interrupcion ciertas palabras truncadas. Su compañero, que con dificultad le podia seguir, no consiguió hacerle volver en sí. Finalmente se dirigió al colegio, y al entrar, dijo: ¡Oh, este Niño! ¡Oh, este Niño! y no siguió adelante. Otra vez estando con los demas en el aposento comun, le vieron hacer halagos y caricias, y luego empezó á hablar así: «Pero, Niño mio, ¿qué novedad es esta? ¿qué he hecho yo que te disguste? ¿por qué te vas? Si tú te vas, tambien me iré yo,» y diciendo esto, se levantó y salió como quien sigue á otro que se va. Un caballero de la ciudad, habiendo oido contar estas y otras semejantes maravillas, vino al colegio para ver y conocer personalmente al P. Padial, y quizás con la esperanza de presenciar algo extraordinario. Halló al P. Manuel que venia muy despacio por el corredor, con el rostro y los ojos encendidos, y que tan pronto hablaba solo, luego sonriéndose se paraba, y otras veces se hacia á un lado ó á otro. Al acercarse pudo oir estas palabras sueltas: »Apartaos á un lado, «Niño mio, ¿y qué no he de pasar? ¿Por dónde he de pasar, si no me dejais paso?» Pero me detendria demasiado, si quisiera contar los hechos particulares que se leen en las deposiciones de testigos autorizados. Baste lo dicho hasta aquí en prueba del asunto en que nos ocupamos.

20. Al amor del Hijo divino unió el P. Manuel el amor de la Santísima Madre María, de la que siempre fué muy devoto. Invocábala á menudo durante el dia,

y siempre con nuevos títulos de honor y de reverencia. Disponíase á celebrar sus fiestas con largos ayunos, con disciplinas de sangre y con fervorosas oraciones, entre las cuales tenia particular afecto al Santo Rosario. A sus penitentes nada recomendaba tanto como la devocion á la Santísima Virgen, y hacíalo con tanta ternura de afectos y fuerza en el decir, que en todos excitaba la confianza y amor á María. Predicaba en público sus alabanzas con gran fervor; pero sobre todo en sus misiones el sermón que predicaba sobre la devocion y confianza que se debe tener en la Santísima Madre de Dios, vencia á los pecadores mas obstinados y endurecidos en el vicio.

21. En cuanto á los favores con que la Reina de los Angeles honraba á su fiel y devoto servidor, como para corresponder á su afecto, fueron muchos y estupendos. Estando enfermo en cama, fijó la vista en una devota imágen que tenia en su cuarto y que representaba á la Virgen en el acto de adorar á su divino Hijo recién nacido; á poco perdió el sentido, y empezó á suspirar diciendo: ¡Oh amores míos! y abriéndose con violencia la ropa sobre el pecho, se volvió hácia el enfermero que estaba presente, y le dijo: «Hermano, coged este corazón y presentadlo á la Virgen, para que lo encienda, lo inflame y lo consuma, que yo no puedo sufrirlo dentro de mí. ¡Ay! echad, os suplico por Dios, echad sobre este pecho un gran vaso de agua, porque siento que se consume de ardor.» Así dijo, y habiendo estado un buen rato con la respiracion agitada, luego que volvió en sí, se puso á rogar con empeño al hermano que no descubriese á nadie lo que habia oido, añadiendo con expresion humilde: «¿No ve, hermano mio, que si

«esto viene á saberse alguna vez, todos me tendrán por loco? Por amor de Dios tened consideracion con vuestra conciencia y con mi buen nombre.» Muchos de los testigos afirmaron con seguridad, que mas de una vez se le habia aparecido la Virgen, y le habia puesto en los brazos el divino Niño. La víspera de la Concepcion mientras que los padres estaban para irse á acostar, se oyó al P. Manuel levantar la voz. Muchos acudieron á la puerta de su aposento para averiguar lo que sucedia, y le oyeron prorumpir en estos afectos: «¡Oh Madre mia, vida de mi alma, por quien vivo y por quien muero! ¡Oh Madre del amor hermoso! tomad este corazon, y entregadlo á vuestro Santísimo Hijo, para que lo purifique, lo inflame, lo queme, ya que es suyo.» Calló un poco, y luego con mayor fervor añadió: «¡Oh Niño de mis ojos, amado de mi alma, suma bondad, caridad inmensa, único centro de mis anhelos, amor mio; yo os amo, os amo, os amo! ¡Oh bondad incomprendible! ¡Oh, y quién pudiese morir de puro amor hácia Vos! ¡Yo ardo, yo me abraso: ¡Oh Madre mia! No, no, tomad Vos mi corazon, para que acabe Él de consumirlo.» Dicho esto calló, y al mismo tiempo con admiracion de todos se oyó salir del cuarto una suave armonía como de música, y un olor celestial de paraíso que se difundió por todo el colegio. Tambien fué maravilloso lo que le sucedió cuando predicaba en la Iglesia de las religiosas Agustinas de Granada. Al hacer la descripcion de la Asuncion gloriosa de María, se apoderó de él una plenitud tan excesiva de afectos, que parecia que le iba á saltar el corazon. Al concluir el discurso, dirigiendo los ojos hácia el cielo, se levantó sobre las puntas de los piés, de modo que parecia que con todo

el cuerpo queria seguir á la Santísima Virgen, y dijo: «¡ Oh Virgen hermosísima, Santísima Señora, amor de «mi alma, alma de mi vida! ¿con que así os marchais, y «me abandonais en este valle de lágrimas!» Y dicho esto cayó desmayado en el púlpito, y fué preciso llevarlo á la sacristía de la iglesia. Aquí, mientras trataban de hacerle volver en sí, estuvo repitiendo continuamente con voz afanosa: «¡ Ay que lo habeis empezado, pero «no lo habeis concluido!» Al volver en sí de aquel suavísimo éxtasis, exclamó: «¡ Oh Madre del amor hermoso!» y al instante volvió á perder el sentido y caer al suelo. Finalmente, despues de mucho tiempo volvió en sí, pero tan falto de fuerzas, que con trabajo podia tenerse en pié, y con el ánimo tan ocupado de lo que habia visto y sentido, que durante muchos dias despues no cesaba de repetir: «Virgen Santísima, ¿por qué os «marchásteis sin llevarme con Vos? ¿por qué no «cluísteis lo que habíais empezado?»

22. Prosiguiendo el mismo argumento, hablaré brevemente de los demas dones sobrenaturales con los que Dios glorificó la santidad del P. Padial, aun durante su vida. Era opinion comun que penetraba el interior de los corazones, y que veia las cosas ocultas y futuras. Deseaba un dia una penitente suya que le diese una estampa de la Virgen, y él en el acto se la dió, diciendo: «Aquí está la estampa que V. desea.» Además de esta tenia ella ocultamente para su particular devocion un retrato del Padre. Recibióla este un dia un poco bruscamente, y le dijo: «¿Con qué conciencia guarda V. la «imágen de un pecador? No puedo excusarla sino por «su sencillez.» Y habiéndole hecho devolver el retrato, añadió: «Ofrezca V. el sentimiento que tiene al des-

«prenderse de él, por el alma de su sobrino, que en «este momento acaba de morir fuera de Granada.» A muchos enfermos anunció su curacion, y á muchos sanos la enfermedad y muerte próxima; á otros su viaje á las Indias, y los trabajos que sufrirían en provecho de los infieles. A los penitentes les manifestaba á menudo sus pecados olvidados por ignorancia ó callados por malicia. Sus oraciones eran muy eficaces, alcanzando á muchos toda clase de gracias espirituales y corporales. No trato de los hechos particulares, porque me conducirían á alargar demasiado este compendio.

25. En la observancia de los votos fué exactísimo. Verdaderamente pobre de espíritu, nada sino la obediencia podia inducirlo á que tomase ó usase alguna cosa nueva, ó que tuviese algo de mérito. Se deshizo de un diurno y de un reloj de arena, por parecerle cosas innecesarias. Llevaba ropa usada y remendada que componia él mismo de cualquier modo. Su comida además de ser muy escasa, como se dirá, era la que solia darse á los pobres por caridad, esto es, las sobras de la mesa; ni sufría aun cuando estaba enfermo, que lo tratasen mejor que á los demas. En invierno para ahorrar el aceite meditaba á oscuras ó á la luz de la luna, y cuando necesitaba la luz para escribir ó leer, bajaba tanto la torcida, que apenas ni podia distinguir las letras. Pocos dias antes de su muerte el P. Rector le dijo sonriendo, que el P. Provincial queria que retardase su muerte hasta su llegada, porque queria hallarse presente al despojo de su cuarto. El santo Varon contestó que el dilatar su muerte no estaba en su mano, y que no tenia ánimo para pedir á Dios que le prolongase la vida, y luego con una cara como llena de horror: «¿Y de qué

despojo, dijo, habla el P. Provincial? «Sea alabado el «Señor, que yo nada tengo, ni quiero, ni deseo nada».

24. En cuanto á la obediencia no se podia desear mas en un novicio fervoroso. Dependia de la voluntad de los superiores en las cosas mas pequeñas; y se dejaba conducir y guiar cómo y cuando ellos querian. Inclinábalo su genio á la soledad y á la oracion, y sin embargo por amor de la obediencia abandonaba al instante una y otra, y se entregaba á los ejercicios de su santo ministerio sacerdotal. Y no solamente á los superiores inmediatos, sino aun á los enfermeros y á los médicos les obedecia con entera sujecion de inteligencia y voluntad, tomando cualquier medicina, aunque supiese que le habia de causar grande incomodidad. Para la mas mínima cosa pedia licencia al Superior, por lo que solian decir por broma que el P. Padiál acabaría por pedir permiso aun para respirar. Siendo maestro de teología, al volver á casa despues de sostener unas conclusiones, le suplicó el acompañante, que era un jóven Jesuita discípulo suyo, que fuese á la Catedral para ver un rico copon que estaba públicamente expuesto aquel dia. Excusóse el Padre de complacerlo por no tener licencia para ello, y habiendo vuelto al colegio, hizo esperar al jóven en la puerta, y él subió en busca del Rector ó del Ministro, pero no habiéndolo hallado, bajó á la puerta y dijo al acompañante: «Tenga paciencia, que no quiere Dios que vea V. el copon, pues no he podido hallar quien nos dé la licencia de irlo á ver.

25. Nada diré sobre la castidad que el P. Padiál, segun testimonio del que por muchos años dirigió su conciencia, llevó al sepulcro inmaculada. Antes bien causa admiracion cómo no obstante tanta inocencia y pureza

de vida, fuese tan cruel consigo mismo. Ello es cierto, que el rigor de sus austeridades sobrepujaba toda expresion, y los mismos Superiores que estaban siempre con cuidado para moderarlo, sin embargo en los casos particulares, sentianse movidos interiormente á concederle lo que pedia, y solian decir que Dios por muchas señales hacia ver que queria conducir al P. Manuel por un camino enteramente extraordinario. Usaba sobre la carne un cilicio en forma de almilla y otro en forma de cruz armado con puntas agudas. Una vez al dia y á menudo aun dos y tres veces se disciplinaba hasta derramar sangre con disciplinas y cadenas horrosas, sembradas de estrellitas y de hierros agudos y penetrantes, y prolongaba tanto esta penitencia, que mas de una vez se desmayó con los golpes y cayó al suelo. El sueño mas largo que tomaba era de hora y media, sobre el suelo, ó sobre un banco muy estrecho. En el invierno los sabañones le abrian y llagaban las manos, y él en vez de curarlas, se las atormentaba mucho, metiéndolas en agua fria ó hirviendo cuando lavaba los enseres de la cocina. Muchos años antes de su muerte redujo su comida á dos ó tres onzas, y no solia tomar nada mas que un pedazo de pan, algunas nueces, unas pocas pasas ó algunas hojas de lechuga. Las solemnidades de nuestro Señor y de la santisima Virgen las hacia preceder de un ayuno de dos ó tres dias sin tomar ni una migaja de pan. Dos eran los principios por que regia este tenor de vida tan austero; el primero era este: No tengo que dar alivio alguno ni chico ni grande á mi cuerpo, sino aquel á que me obligue la conciencia; el segundo: Tengo que usar con él de todo el rigor que me permita el no ser homicida injusto de mí mismo.

26. Un odio tan implacable procedia en parte del muy bajo concepto que de sí mismo tenia: no hallaba palabras ni términos con que expresar su vileza. Llamábase criatura vilisima, jumento ingratísimo, hombre abominable y peor que el mismo demonio. Solia decir tambien, que habiendo nacido el Viernes Santo, si por casualidad le tocase morir el dia de Navidad, no le faltaria nada para ser un verdadero antecristo. Hubiera deseado irse de Granada donde le tenian en tanta estimacion; pero luego parándose un poco, dijo. «¿Y dónde podrá ir una persona como yo, inútil del todo, ni capaz mas que de ser impedimento y estorbo á los demas? A cualquier sitio donde yo fuere, sería allí mas gravoso que en Granada, porque al fin aquí en un colegio numeroso me voy pasando la vida sin ser muy notado de los demas. Sucede conmigo como con una moneda falsa confundida en una bolsa llena de monedas buenas y de peso, que pasa por consideracion á las demas.» Y no pudiendo algunas veces excusarse de contestar á algunos que venian á consultarle sobre materias morales y escolásticas, despues de haber dado con brevedad su parecer, añadia: «Aunque este sea mi parecer, le suplico que no haga ningun caso de él, porque viene de un ignorante.» No eran sus actos desemejantes de sus palabras, pues con ellos estudiaba como ponerse bajo los piés de los demas, escogiendo para sí siempre lo peor y ejercitándose ya dentro, ya fuera de casa en los oficios mas viles y despreciables.

27. Con estas y otras virtudes se iba preparando el siervo de Dios á la muerte, que deseaba con ardor. Verdad es que mientras mas se acercaba al término, tanto mas aumentaba el ejercicio heroico de las virtu-

des, y especialmente de la paciencia con que Dios quiso probarlo. Desde la primavera del año de 1720 mientras duraba una infeccion que se esparció por toda la ciudad, fué atacado de una fuerte artritis que durante mas de cuatro años le causó intensísimos dolores, particularmente en las coyunturas de los piés, en las rodillas, en las espaldas y en los brazos, de donde ese humor maligno nunca pudo arrojarse por industria del arte. Todo movimiento por pequeño que fuese causaba gran dolor al siervo de Dios, y sin embargo mientras pudo manejarse con la ayuda de un baston, nunca dejó de asistir á todos los actos de comunidad. Además de eso se le formaron hasta once postemas que fué necesario curar con hierro y fuego, pero con poquísimo ó ningun provecho. Finalmente se redujo á tal estado, que no habia en su cuerpo ninguna parte sana, y no solamente no podia moverse solo, sino que era igualmente peligroso que lo moviesen otros por la multitud de llagas que con solo tocarlas se recrudecian. Maravillábanse los médicos y cirujanos, y no podian comprender cómo pudiese el enfermo sobrellevar un padecimiento tan continuo y violento, muy suficiente de por sí para producir la muerte al mas fuerte y robusto, y mucho mas á un cuerpo debilitado y acabado. Y sin embargo el P: Manuel vivió cerca de tres años en aquel penoso martirio, y siempre con paciencia invicta y resignacion heroica. A menudo oíasele repetir con ánimo y cara serena: «Bendito sea el Señor, que me tiene en esta cama y de este modo.» Y si alguna vez por la fuerza del dolor no podia la naturaleza resistir, y se le escapase alguna queja, pronto corriéndose á sí mismo el siervo de Dios decia: «¡Oh, y qué verdad es que soy

«un hombre de nada! Me parece que sufro bastante; el «mal es pequeño, pero yo sé quejarme mucho de él.» Y diciendo esto, arrancaba lágrimas á los circunstantes que con trabajo podian sobrellevar el estar á su lado, y presenciar aquel excesivo padecer sin alivio ni descanso. Y con todo, como si esto todavía fuese poco, se le añadió que lo maltrataban con rabia y ferocidad los demonios, que apareciéndose visiblemente, ya hacian ruido en su cuarto, ya le quitaban irrespetuosamente los vendajes de las llagas, y aun le apaleaban duramente.

28. Sufriendo y mereciendo de este modo, llegó al 25 de Abril de 1725, en cuyo dia tuvo un decaimiento total de fuerzas. Habia deseado morir consumido por la caridad divina, y se le concedió esta gracia; porque en aquellos últimos dias fueron tan sensibles las sacudidas de su ardiente corazon, tan frecuentes los éxtasis, tan prolongados los arrobamientos de su alma, que temiendo con razon los médicos que muriese de un momento á otro, mas bien por exceso de caridad que por la fuerza del mal, ya que se convencieron que su arte era impotente para curar esta nueva especie de enfermedad incurable, mandaron que se le administrasen los últimos Sacramentos. Recibió pues con grandísima devocion el Santo Viático y poco despues la Extrema-Union, y luego habiendo quedado solo, como lo habia solicitado, desahogó su corazon en ternisimos coloquios con su Señor, repitiendo á menudo con voz alegre: «*in domum Domini ibimus.*» Comulgó otra vez en la mañana del 27 de Abril, y durante todo aquel dia mantuvo su espíritu tan fijo en Dios, que todos creyeron, no sin razon, que estuvo en un éxtasis no interrumpido.

Al empezar la noche aumentaron desmesuradamente los asaltos del corazón todo enardecido en el amor de Dios. Estaba el P. Padial con la cara muy encendida, con la vista casi siempre hácia el cielo, donde se puede decir que ya estaba con el alma; y no pudiendo ya mas ocultar ni contener los ardores interiores que lo consumian, exclamaba á menudo en alta voz: «Yo ardo, yo me abrazo, ardo del deseo de unirme con Dios, único centro de mi alma.» A poco calló, y con cara muy alegre extendió y cerró los brazos y las manos, como si quisiera abrazar y apretar algun objeto querido presente, y exclamó con gran ternura de afecto; «¡Ah, Niño queridísimo! ¡Amor mio dulcísimo! Niño carísimo!» Interrogado por los allí presentes que qué era, no dió respuesta ninguna, y prosiguió bastante tiempo hablando suavemente con su Niño querido, que como luego se supo, se le apareció entonces. Poco despues de media noche, se esparció de pronto por el aposento un suavísimo olor de paraíso, y entonces el Padre que lo asistía, conjeturando que estaba muy cercana la muerte del siervo de Dios, se acercó al lecho, y le dijo: «Animo, P. Manuel; *In domum Domini ibimus*:» y habiendo notado que ya no respondia como solia: «*Lætantes imus*» dió principio al instante á la recomendacion del alma, y cuando llegó á aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo Spiritum meum*, el P. Padial inclinó despacio la cabeza, y sin otro movimiento que el de abrir y volver á cerrar los ojos, entregó su hermosa alma al Señor; lo cual tuvo lugar al empezar el Sábado 28 de Abril de 1725, á los 64 años de edad y 44 de religion. No se hallaron presentes, como lo habian deseado, todos los Padres del colegio, sino solo un Sacer-

dote á quien varios dias antes se lo habia prometido el siervo de Dios, y esto porque la noche anterior, segun juicio de los médicos, no se sospechó que tan cerca estuviese su muerte; pero fué asistido por otros personajes celestes, como en aquel momento fué dado á conocer á una persona devota que luego lo declaró auténticamente. Estas son sus palabras: «Una noche me pareció «que estaba yo en una casa donde habia muchos cuartos, uno de los cuales entendí ser el del P. Manuel «Padial. Mi ángel de la guarda me dijo: «Míralo.» Yo «entonces lo miré, y lo ví en la cama lleno de alegría. «Y ví que de algunos sitios de su cuerpo salian muchos «resplandores y estos brotaban de las llagas, en cada «una de las cuales brillaba una piedra preciosa. Vi mas; «al lado izquierdo del lecho ví á S. Ignacio de Loyola, «y al derecho ví á la Reina de los Angeles Maria Santísima rodeada de innumerable multitud de espíritus celestes, que confortaba al Padre y le decia: Manuel, «felices sufrimientos, mortificaciones bien empleadas y «batallas venturosas en las que negaste lo que de tí hubieran deseado tus sentidos y potencias.» Luego me «hizo salir de allí mi ángel, y me pareció hallarme en la «calle, donde ví como un ejército de espíritus malignos «que gritaban diciendo: No podemos, porque te defiende «de la que no tiene culpa. Volví á hallarme en el aposento del Padre, donde la Reina del cielo estaba custodiando á su favorecido. Recobré finalmente mis sentidos, y noté que estaba en mi aposento.» Hasta aqui la deposicion. Además de eso en el momento mismo de su muerte se apareció el P. Manuel á muchas personas; pero sobre esto y otras visiones no quiero decir nada mas, bastándome el haberlas indicado.

29. Pronto empezó Dios á glorificar á su humilde siervo. En primer lugar no solamente permaneció y se mantuvo el cuerpo hasta su entierro blando y flexible, sino que tomó color y un semblante tan agradable y majestuoso, que atraía los ojos de todos. Pero lo que con razon causó mayor maravilla fué que se mantuvo su pecho caliente por mas de doce horas en la parte correspondiente al corazon ; y este calor comunicándose á los vestidos exteriores, era tan sensible al tacto , que muchos dudaron si estaría ó no aun vivo. Divulgada la noticia de la muerte del P. Padial, á la primera señal que se dió desde la torre de la Catedral, doblaron todas las campanas de la ciudad, y al mismo tiempo el pueblo se dirigió en tropel hácia el colegio. Los Padres que esperaban una conmocion universal, habian cerrado y atrancado todas las puertas, y para acallar los clamores de la gente , hicieron saber que de allí á poco se expondria el cadáver en la iglesia á la vista de todos. Para esto fué colocado en la capilla dedicada á nuestra Señora de los Dolores, escogiendo esta apropósito , porque estaba cercada con fuertes rejas de hierro. Pero apenas se abrió la iglesia acudió tal tropel de gente alrededor de la capilla que las defensas parecian insuficientes. Se debieron apuntalar las verjas con grandes maderos, porque amenazaban caerse á los empujes que les daban las oleadas del pueblo; y no bastando esto, entraron dentro algunos caballeros que se ofrecieron á tomar rosarios de las manos de los del pueblo para depositarlos un rato sobre el venerado cuerpo y luego distribuirlos, así como tambien á mojar lienzos con la sangre que salía viva de las llagas de los piés del siervo de

Dios. Pero el tropel crecía por momentos, porque no solamente de la ciudad sino de los pueblos y tierras de la cercanía acudían continuamente nueva muchedumbre de hombres y mujeres. Todos querían ver y muchos tocar el cuerpo del P. Manuel. Se determinó desunirle las manos, y dejarlas á ratos colgar fuera del ataud, y levantarlas á ratos, para que las pudiesen ver los que estaban mas lejos, y como no se contentasen tampoco con esto, levantaron finalmente todo el cuerpo y lo pusieron sentado. Duraba ya la bulla y el movimiento dos días enteros, y no se hallaba medio de satisfacer la piedad ya indiscreta de la multitud, ni de tener tiempo para hacer las exequias; tanto mas que durante este tiempo unos cinco enfermos entre estropeados, gotosos, ciegos y con otros padecimientos incurables sanaron instantáneamente al tocar el cuerpo ó solo con la invocacion del Padre. El Domingo, ya adelantada la noche, se cerró la capilla y se apagaron todas las luces, creyendo que no viéndose el cuerpo del difunto, se conseguiria que se retirase la gente. Pero fué en vano, porque permanecieron inmóviles, suplicando que se les permitiese quedarse. Entonces tuvo lugar un nuevo prodigio; brilló de pronto en la capilla un gran resplandor y al mismo tiempo un globo de vivísima luz salido del féretro se levantó hácia arriba y encendió uno de los dos grandes cirios que estaban apagados. No se necesitó mas para que la multitud permaneciese allí toda la noche bendiciendo al Señor, y alabando al fiel servidor que con otros prodigios de curaciones instantáneas alentó la fé de los devotos. La mañana siguiente, el 30 de Abril, el Ilmo. Sr. D. Francisco de Perea, Arzobispo de Granada, con consejo de su capítulo acordó que el

cuerpo del P. Manuel fuese llevado con solemne pompa por las calles principales de la ciudad, para dar medio así á que lo viese el pueblo, que de otro modo hubiera quizás cometido algun exceso. Acudieron á la hora fijada muchas Comunidades de religiosos y los Canónigos de la Catedral, y tuvieron no poco trabajo para abrirse paso entre la multitud que apiñada obstruía todas las calles de las cercanías del colegio. Con gran dificultad pudo ordenarse y arreglarse la procesion que dió una gran vuelta antes de volverse á la iglesia. Los balcones, las ventanas y las calles todas estaban llenas de gente, y en mas de un lugar debieron pararse los que llevaban el féretro para que satisficiesen los fieles su devocion. Oíase por todas partes gran número de voces y gritos, unos lloraban la muerte del padre querido, otros alababan sus virtudes y méritos, muchos le pedian gracias. Los mas ancianos decian que no se habia visto jamás en Granada una conmocion tan general desde la muerte y entierro de S. Juan de Dios. Mientras mas se acercaban á la iglesia, mas se atropellaba y empujaba el pueblo. Todos querian entrar dentro cuando se abriesen las puertas, por lo que habiéndose desordenado las filas, fué necesario introducir el clero con lo demas de la procesion por una puerta lateral. Colocado el féretro sobre un majestuoso catafalco, se dió principio al funeral que se celebró con la misma solemnidad que se usaba para los monarcas de España y para los Arzobispos. Terminada la funcion, fué puesto el cuerpo en una caja decente, cerrada con dos llaves y enterrado.

30. No concluyeron aquí las demostraciones de estimacion y afecto que la religiosa ciudad dió á su Santo

hijo. El Consejo de la Audiencia Real, el Tribunal del Santo oficio, los Magistrados de la ciudad y todas las Ordenes regulares quisieron cada una aparte y á su costa renovar las exequias en la iglesia de la Compañía y todo el mes de Mayo y aun parte del de Junio hubo Misas solemnes y oraciones fúnebres recitadas por los mejores oradores. La ropa, los trajes, los escritos y cuanto fué del uso del Padre, debió reducirse á pedacitos para satisfacer la devocion de tantos, que aun de pueblos lejanos mandaban pedir alguna cosa para conservarla como reliquia. Me quedaría por fin que contar los ruidosos milagros con que Dios dió testimonio de los méritos de su siervo, no solamente en Granada sino por todos los reinos de España. Pero éstos depuestos jurídicamente en los dos procesos ordinario y apostólico, que inmediatamente se hicieron, son tan numerosos, que con indicarlos solamente alargaría demasiado esta breve y sucinta exposicion de la vida y de las virtudes del P. Padial, que únicamente me propuse hacer.



El Consejo de la Audiencia Real, el Tribunal del Santo Oficio, las Magistrados de la ciudad y todas las Ordenes religiosas quisieron cada una su parte y a su costa renovar las excomulgaciones en la Iglesia de la Compañía y todo el mes de Mayo y aun parte del de Junio habido misas solemnemente y oraciones fúnebres hechas por los mejores oradores. En todos los días se cantaron y tocaron los cánticos de la Compañía.

Damos nuestra licencia para que pueda imprimirse esta traduccion castellana.

Granada 1.º de Junio de 1867.—Dr. J. Oliver, Gobernador eclesiástico, S. P.—Por mandado de su Señoría, Dr. Manuel Guardia, Pbro. Srio.

